



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias 60. — Ap. 547 — Teléfono 1843.

SUMARIO**UN PEQUEÑO REPORTER**

Sección vermouth.

FIACRO YRÁYZOZ

La camisa de encajes.

JACINTO CARMIN

Lo que trae el correo.

FELIX RECIO

Las de ayer y las de hoy.

MANUEL BOMBARDA

Alumbramiento general.

JOSÉ MOREIRA

Duro con el eufemismo.

TOVAR, CYRANO**Y DEMETRIO**

Varios dibujos y retrato de

Fernanda Syller.

5 cénts.**FERNANDA SYLLER**

Una italiana que no lo parece...

Biblioteca Regional de Madrid

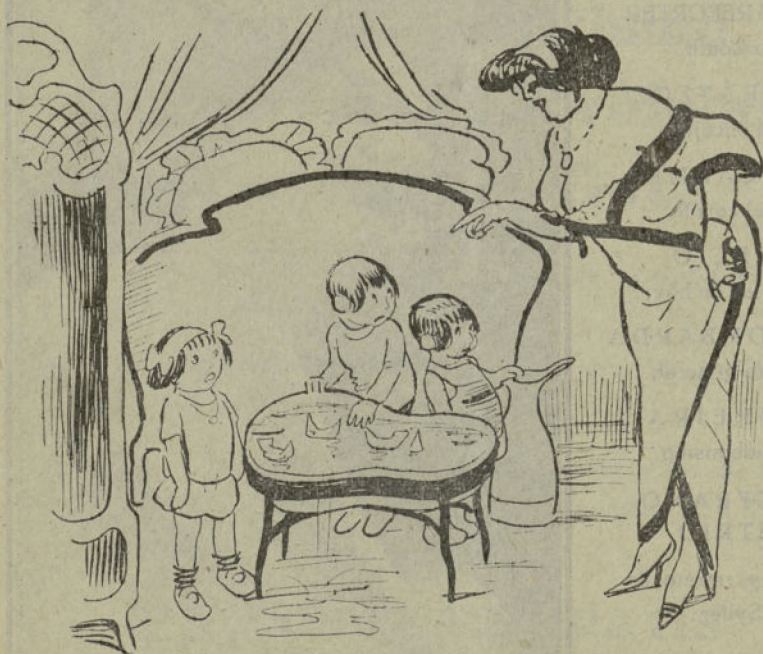
SECCION VERMOUTH

Como habrán ustedes observado, no soy precisamente un Padre Orcolaga cuando me meto á hablar del tiempo. Es decir, padre sí que lo soy, pero no astrónomo; ¡qué quieren ustedes que le orcolagal!

Se me enardeció la sangre en cuanto tuvimos cuatro rayos de sol, y ya me sentía en plena primavera, viendo yemas y capullos por todas partes, y al día siguiente ¡zás!, comenzó á nevar como si estuviésemos en la Siberia. ¡Y si veía usted que ra-

bia me entró! Y además de la rabia me entró una bronquitis tan grande como si se hubiese estrenado en Apolo una pieza de don Sinesio. ¡Qué catarro! Ni en una botica, donde como sabe el lector ¡hay ca tarro! y enseguida la natural consecuencia: á sudar mas que un sudamericano de Bogotá, y iodo por aquí y iodo por allá, hasta quedar completamente iodado ó iodido, que no sé en verdad como estará mejor dicho, aunque supongo que de la última manera, á juzgar por lo melesto que resulta el estar tose que tose en constante sonata de Mozart, á la hora de mozart y á la de comer y á la de dormir.

Todavía para ciertas personas queda el consuelo del célebre específico aquel de «¡Si toseis, tomeis!»; pero yo soy completamente refractario á esa clase de medicamentos, y no tengo otro remedio que conformarme y darle al dengue ó grippe ó trancazo, ó como se le quiera llamar, metidito en el casto lecho, porque aunque



La mamá.—¡Ah granujillas! ¿qué estáis haciendo ahí tan callados? ¡Bribones!

El mayor.—Estamos echando barquitos en este estanque...

La mamá.—Pues andar con cuidado, hijitos, porque en ese estanque se han ahogado ya muchos niños.

nada le echo, no puedo negar que soy el casto... el *c'astornudao*, y continúa pacientemente estornudando.

Por lo demás, no se está tan mal en la camita, la más grande, la más maravillosa invención del hombre, sobre todo si es de muelles y para ambos sexos. Las más asombrosas obras de la Humanidad, han sido creadas y aun procreadas en la cama: Cicerón preparaba un discurso en ella; Alejandro el Magno bosquejaba sus conquistas en el Catre; Cleopatra también perpetraba las suyas en el tálamo...

Bien es cierto que desde entonces acá son infinitas las Cleopatras que han venido haciendo lo propio, ¡y lo que te rondaré, morenal

Virgilio, para entonar una oda en honor suyo; ¡qué de odas se habrán compuesto y descompuesto en ella!, y precisamente, así como en las odas tienen un punto de origen las odasiscas, ¿de dónde sino de las camas proceden las camareras?

Es el mueble más útil, más práctico y más expresivo de una casa.

Va usted por la calle y se encuentra á una señora de esas que cortan el resuello, y que le dice sonriente: «¿Por qué no va usted por casa? Tengo un rinconcito muy mono. Vaya usted el jueves que recibo toda la tarde».

Y ¡claro! ¿qué va á hacer uno? Pues ir á ver el rinconcito de la amable amiga. El gabinete ¡bien!, el comedor ¡no está mal!, el tocador ¡coquetón!, la alcoba... eso ya es más emocionante ¿por la habitación? ¿por su adorno? No señor, por el mueble para que ha sido destinado.

Así como por el hilo se saca el ovillo, por el gusto con que se viste la cama de una mujer galante, se saca la consecuencia del gusto con que se desnuda su dueña. Es algo tan íntimamente ligado con ella que puede considerarse como la prolongación de su propia persona, sea cual fuere su posición, desde la posición desahogada hasta la posición horizontal ó la de cúbito-supino.

¡Por algo es el artefacto revelador de las grandes intimidades! Cuando una amiga le



La mamá.—... y, sobre todo, mucho cuidadito con las mujeres, ¿eh?
El papá.—Déjalo, criatura, que «peor es meneallo».

enseña la cama, es demostración que deposita en usted toda su confianza.

Todo eso está muy bien; pero yo sigo aquí, en el casto lecho, dedicando esta noche á tan gratísimo mueble, aunque sin ninguno de esos soñados atractivos, pensando en la amiga amable que puede uno encontrarse dispuesta á invitarle á ver su rinconcito mono... tose que te tose y espunta que te espunta.

Un pequeño reporter.

Lea usted el martes
EL LIBRO POPULAR

LA CAMISA DE ENCAJES

JACINTO Mendoza, ó Mendocita, como le llaman en los círculos aristocráticos, es un joven imberbe, elegante, vanidoso y fátkuo como son casi todos los pollos bonitos. Su carita sonrosada y su nacimiento bigotito rubio le dan un aspecto de

pretendiente presumia, entre sus amigos, de haber conseguido de ella cuanto quiso. ¡Hasta se permitió asegurar que habian estado juntos no sólo de día!

¡Habrá insolentel...!

Matilde se indignó, juró vengarse y darle una lección bochornosa que le sirviera de escarmiento, y el primer día que el pollo fué á visitarla procuró disimular su enfado y le dijo cariñosamente:

—¿Pero de veras, Jacinto, me quiere usted tanto como dice?

—¡Con toda mi alma!—repuso emocionado Mendoza.

—¿Y si yo le exigiera una prueba?

—Estoy pronto á someterme á la que usted elija. Por merecer sus favores soy capaz de todo... ¡De todo!

—¡Vamos á verlo! Lo que voy á pedirle es muy sencillo; tal vez le parezca un poco extravagante, pero si los caprichos de una mujer no tuvieran diseños de extravagante



La señora.—¿Es esta la que ha estado enferma? Pues está hecha una pollita y es muy guapa.

El portero.—Pero se me está poniendo muy negra de estar al sol.

candor, de flor de estufa, de algo así como pálida camelia... en fin, que está para comérselo, como dice una marquesa amiga mía bastante glotona.

A pesar de este retrato, y acaso por excepción, á Mendocita le gustan las mujeres. Sobre todo Matilde, una viudita de veintidós años, preciosa, rica, traviesa, inteligente y con bastante más picardía que él. A Matilde, por lo que verán mis lectores, no le desagradó Jacinto y admite sus visitas y sus galanterías, pero sin que todavía le haya consentido la menor libertad, ni otorgado el más pequeño favor.

Un día supo la viudita que su varidoso



Ella.—La escalinata, como usted ha visto, es de cemento armado.

El (suspirando).—¡Ay! ¡Qué envidiables son algunos cementos!

cia, dejarían de ser caprichos... y de mujer.

—Ya sabe usted—siguió diciendo Matilde—que en la habitación de al lado vive mi amiga Rosalía con Arturo, su amante. Por no sé qué tonterías muy propias de enamorados, están hace días *de monos*. No se dirigen la palabra. Por la mañana se levanta Arturo, se hace su *toilette* y sale á la calle. Almuerza y come en el Casino y regresa de madrugada, cuando ya Rosalía

lleva tres horas durmiendo. Se desnuda á obscuras, se zambulle en la cama, y volviéndole la espalda, se entrega al sueño tranquila mente, como si nada le importase su mujercita. A la mañana siguiente se levanta, repite su *toilette* y vuelve á salir de casa hasta la próxima madrugada.

—¡Por lo visto, Arturo tiene mal carácter!

—¡Algo hay de eso! Como usted comprenderá, este continuo desprecio y esta forzosa abstinencia, tienen á mi amiga Rosalía muy disgustada.

—¡Y con razón!—asintió Jacinto.

—Por lo cual ha pensado burlarse de su amante con una broma inofensiva, y yo, que quiero ayudarle, necesito que usted me complazca.

—Cuenta usted conmigo para todo.

—Se trata de lo siguiente: Esta noche se desnuda usted y se pone una camisa de encajes de Rosalía; se perfuma con las esencias que ella acostumbra á hacerlo, y á la hora que le indiquemos se mete usted en la cama de matrimonio y ocupa el sitio que á diario suele ocupar mi amiga.

—¡Pero Matilde!... ¿Una suplantación?

—Déjeme usted concluir. A las dos de la mañana llegará Arturo; ya le he dicho que se desnuda á obscuras, y por lo tanto, no le reconocerá. Usted finge estar dormido, ó duerme de veras, pero siempre volviéndole la espalda. El hará lo propio, y en esta actitud de desprecio, pasan ustedes la noche. A su lado estará colocado el timbre, y cuando usted vea, por las rendijas del balcón, que es ya de día, le hace usted sonar estrepitosamente y en el acto entra-



La doncella.—¡Qué rendida está la pobre, y qué ganas tengo yo de estarlo también!

remos Rosalía y yo. Arturo se encontrará con usted en la cama, y no necesito decirle que, avergonzado del engaño, corregirá su conducta y volverá á estar cariñoso con mi amiga.

—¡Esa es una idea maquiavélica, Matilde!

—¿Cómo? ¿Se niega usted?

—No es eso... pero ¿y si esta noche le da por hacer las paces y está muy expresivo con ella?

—Nada; si es cierto que usted me ama, tiene que darme esa prueba.

—¿No sería igual otra cualquiera?

—Tiene que ser esa precisamente—dijo Matilde contrariada.

—Bueno, bueno, sobre todo no se enfade usted. ¡Qué remedio!... ¡Me pondré la camisa de encajes... y sea lo que Dios quiera!

Y sin más discusión comenzaron los preparativos.

■

Ya está el pobre Jacinto en la cama con su finísima camisa de blondas, sus cintas de raso azul pálido, sus delicados perfumes... Ahora sí que está para comérselo,



Ella.—¡Quieto, quieto, no te pongas ganso ahora que tengo que salir á escena!

como diría la marquesa. Arrebuado en un rincón del mullido lecho, el infeliz sudaba tinta esperando tembloroso la entrada del amante, á quien no conocía más que de nombre, pero que á él se le antojaba una fiera terrible. Dos horas llevaba en la cama sin conseguir que le rindiera el sueño. Verdad es que ni siquiera lo intentó...

De pronto, y en el silencio de la noche, oyó que abrían la puerta de la habitación.

—¡Ya está ahí ese hombre!—pensó Mendocita, mientras un escalofrío de muerte inundaba su cuerpo.—¿Qué va á pasar aquí, Dios mío?...

Se abrió la puerta del gabinete, y al tropezar con los muebles, le indicó bien á las claras, aun estando á oscuras, que se acercaba el amante. El ruido de dos botazas que caían sobre la tarima le hizo comprender que empezaba el *déshabillé*, y momentos después, al hundirse la cama haciendo rebotar sobre los muelles su diminuto cuerpo estremecido, conoció que no estaba solo. Cerró los ojos con fuerza, volvió la espalda hacia el recién llegado... y esperó.

Al cabo de una hora, que al pobre Mendocita le parecieron diez, sintió que una pierna tropezaba con las suyas. Jacinto contuvo la respiración y fingióse dormido. Luego notó que una mano le acariciaba la espalda descendiendo á lo largo del cuerpo, y un nuevo escalofrío heló su sangre.

—¡Me he caído!...—pensó Jacinto.—Y cerró más fuerte los ojos como el que espera un golpe á traición.

Al poco rato, unos dedos, que á él le parecieron muy gruesos y peludos, se posaron sobre su nariz, y tal fué su espanto, que comenzó á sentir los síntomas de la asfixia. Su compañero de cama le intranquilizaba de una manera feroz.

¡Qué noche tan horrible! ¡Qué interminable martirio!...

¡Por fin amaneció! Y así que vió en las rendijas del balcón la luz del día, impaciente, intranquilo, y agarrándose al timbre como si fuera su tabla de salvación, hizole sonar desesperadamente.

A los dos segundos se abría con estrépito la puerta del gabinete; en seguida el balcón alegrando la estancia con el sol de la mañana... ¡y Rosalía y Arturo que entraban en la alcoba entre ruidosas carcajadas!

La sorpresa de Jacinto, adornado con su camisa de encajes y sus lazos de azul pálido, fué tremenda cuando vió que su compañero de lecho era la hermosa Matilde, que encarándose con él, le dijo burlonamente:

—¡Esta es mi lección! ¡Ya ha dormido usted conmigo! Ahora, cuénteselo usted á sus amigos... si se atreve.

Fiacro Yrázoz.

LO QUE TRAE EL CORREO

DICEN que Lidia... (el apellido averigüelo Vargas) ha estado en relaciones con un cartero.

«¡Un cartero!...—exclamarán mis lectores maravillados;—es decir, un *capricho*... Porque estamos en que los doce ó catorce

DESCONFIANZA



El.—¡Que sí mujer, espérame, que en cuanto haga esa gestión, me vengo en seguida!

Ella.—¡Sería la primera vez!

reales que cobran los pobres carteros no bastan á sufragar los gastos de una buena amistad...» Así es: Lidia se encaprichó por él y anduvo loca por sus pedazos, lo menos... quince días. Lo que no parecerá poco recordando á esas mujeres que, á la mañana siguiente, ya no se acuerdan...

Claro es que esta pasioncilla tuvo su razón ó motivo, pues en moral, como en física, no hay efecto sin causa, y el origen de tal enredijo es el siguiente:

Allá, á mediados de Diciembre, Lidia (ó Lulú, como le llamamos los amigos viejos) recibió una carta de su don Cuyo, en la que éste anunciaba el inmediato envío de dos mil cuatrocientas pesetas «para pasar agradablemente las Pascuas.»

Transcurrieron cinco días, seis... y el dinero prometido no llegaba. Lidia, impaciente (méntanse ustedes en su camisa), escribió á su amigo, pintándole la situación porque atravesaba con el hollín más puro. Pero la carta no dió en el blanco; *el agredido*, no contestó. ¡Voto á...! Llegó la *Nochebuena*, pasaron los Santos Inocentes... ¡y nada!... ¡Pobre Lulú!... Yo la vi el día de San Silvestre y hubiera podido ahogársela con un hilo: me habló de empeñar unas ligas, con broche de oro, regalo de no sé quién...

La única persona que (de puertas afuera) conocía y aun participaba de las impaciencias de mi amiga, era el cartero, á



Ella.—¡No, no me toque á las uvas porque están bien!

El maestro.—Bien, muy bien, pero ese higo del primer término...

Ella.—¡Tampoco me toque usted ahí!



—¿Y qué? ¿Tú no eres sufragista?

—Ay, mire usted, la verdad; eso no me lo han enseñado todavía.

quien Lulú preguntaba siempre que recibía de sus manos alguna carta:

—¿Es de Barcelona?

El día 3 de Enero, por la tarde, la doncella de Lidia llegó al dormitorio de su ama, que ya estaba despierta.

—Señorita. Una carta...

Lulú se incorporó en el lecho con violenta sacudida de emoción y alegría.

—¡Dámela!

Fué un grito sugestivo, irresistible, como el del naufrago que pide auxilio, como el de Goethe, moribundo, pidiendo luz...

—¡Dámela!—repitió.

—No la traigo, señorita...

—¿Cómo?

—La tiene el cartero, quiere dársela á usted en propia mano. Sin duda es algo muy importante, cuando no se fia de mí.

Lidia pensó en Barcelona, asoció ideas, comprendió...

—Que pasó el cartero—dijo.

Era un muchacho buen mozo, simpático, con los ojos así... ¡vaya; buen mozo!...

—¿De Barcelona?—gritó Lulú sentándose en el lecho sin advertir que lo más bello quedaba descubierto.

—Sí, señora.

—Venga.
Y extendía la manos con aire infantil, como una niña que quiere ser cogida en brazos. El cartero sonrió.

—No puede ser.

—¿Eh?...

—Antes ha de darme usted el aguinaldo; no olvide que estamos á primeros de año.

Lulú se mordió los labios.

—¿Y, cómo cuánto?...

El cartero volvió á sonreír, palpando el sobre delicadamente, como hombre inteligente que sabe interrogar á los paquetes cerrados.

—Aquí—dijo—viene bastante... lo menos, lo menos... En fin, yo, con poquito me contento.

Siguieron hablando, ella sentada al bor-



Ella.—¡Pero, querido doctor! ¿Tengo que desnudarme del todo?

El médico.—No, marquesa, no hace falta; puede usted conservar puesto el sombrero.



El anciano. —Es indudable que el orden de factores altera el producto; porque no es lo mismo un viejo chocho, como yo, que un...

La anciana (atajándole). —Naturalmente.

de del lecho, quitándose de la frente los rizos de indómitos cabellos que la caían sobre les ojos; él, en pie, guardando actitud respetuosa; y fué aquella una conversación larga, larga y dulce, que acercaba.

—Aquí—dijo Lulú, palpándose ingenuamente su camisa de dormir—no tengo nada... Y lo peor, lo más triste, es que allí, en el armario, tampoco hay... Bueno, es igual: vuelva usted mañana.

El cartero dejó la carta y se fué. Al día siguiente se repitió la escena: en los días sucesivos ocurrió lo mismo. Pasaron algunas semanas y Lulú dió fácil salida á los quinientos duros que tanto esperó comprando unas cosas, desempeñando otras... El cartero, entretanto, so capa de recibir el inocente aguinaldo, iba á ver á Lidia todas las mañanas; ella concluyó por hallarle simpático: al fin era un buen muchacho, agradable y sólido, que sólo llevaba buenas noticias. Y el cartero siempre decía:

—¿Hoy tampoco tiene usted aguinaldo que darme?

—Tampoco... y lo siento.
—¿Sentirlo? ¿Por qué?... ¡Podría usted complacerme tan fácilmente!...

Lulú comprendió. ¿Y por qué no había de ser?...

—Venga usted mañana—dijo.

El comprendió también.

—¿De verdad?

—Sí; de verdad.

Cumplió su palabra: fué; ella también cumplió la suya. Aquel día los vecinos del barrio supieron que el correo de Barcelona había llegado con tres horas de retraso.

Aquellos amores duraron muy poco. No importa; la humanidad maledicente no murmura. A ese cartero le llaman en su distrito y será siempre para la portera de Lulú, el cartero del interior.

Jacinto Carmin

ENTRE COÇOTAS



Una.—No sé por qué hablas de mi cuando todo lo que tengo me lo he ganado con mis manos.

La otra.—Pues una de dos; ó has trabajado mucho ó has hecho pagar muy caro el trabajo.

Las de ayer y las de hoy...

Por razones de salud y de vejez que no disimulo, porque, desgraciadamente, no han de pasar inadvertidas á la penetración maliciosa de mis lectores, hace algunos años que se me da una higa de las mujeres desnudas. Claro es que aun hallo artística y varonil complacencia examinando la línea suave de una espalda, el blanco aterciopelado de una garganta, un pie pequeño, una pierna bien concluida... ó cualquiera de las otras morbideces y exce-

bien: muchas veces, en víspera de baile ó día de campo, procurábamos amistosamente señalar sobre qué mujeres, cada uno de nosotros, había de ejercer posesión y dominio.

—Yo, quiero á Zutana.

—Yo, á Perenceja.

—Y para mí, la más alta.

Yo siempre reclamaba la más gorda. ¿Que era un poquito chata? Bueno. ¿Qué tenía demasiado grande la boca y recorda-



lencias de la escultura femenina. Pero... ¡vamos!... que no es como antes, que ya no procedo en los banquetes del amor como verdadero *gourmand*, que no regala su apetito sin antes ver, oiscar y examinar de diversas maneras lo que llama y seduce su deseo.

Cuando yo era mozo y salí de mi Val de Santo Domingo «á correr mundo» daba, en cuestiones de amor, importancia incontestable y decisiva á la carne. Recuerdo que en aquel dorado amanecer de la vida solían acompañarme dos amigos, más viejos y, por tanto, más expertos y corridos que yo, los cuales, más que emular mis locuras, las provocaban y dirigían. Pues

ba á Maritornes en aquello de «no oler á ámbar»... ¡No importa!... La carne, á mis ojos concupiscentes, todo lo disculpaba: me seducían la piel mate de las morenas, la carnaza blanquísima de las rubias, los torsos magníficos, sembrados de pequeños lunares. Así es que, á mis queridas entonces, casi me atrevería á retratarlas de memoria, mientras que de mis amigas de ayer, apenas me acuerdo...

Desde aquella fecha han pasado muchos años... ¡Tantos!... que podría llenarse un carro con ellos, si el tiempo fuese entidad susceptible de ocupar extensión; y sé que, desgraciadamente para las generaciones que aún están por nacer, la belleza feme-

nina ha sufrido en estos cinco ó seis últimos lustros, desperfectos lamentables.

Cotejando mis añejos recuerdos con lo que jóvenes de buen gusto que saben seducir y desnudar me dicen, he llegado á convencerme de que el tiempo, así en el cuerpo humano como en la superficie del globo terrestre, como entre las diversas clases de la masa social, ejerce acción niveladora incontestable: los siglos desmochan el orgulloso fastigio de las montañas y con ellos rellenan los abismos y levantan el nivel de los valles; la aristocracia y la plebe tienden á estrecharse, dándose la mano, irguiéndose bastante los unos, agachándose algo los otros: y en el cuerpo femenino, las depresiones elegantes y las pomposidades magníficas, que ponían bajo las empolvadas pelucas de nuestros abuelos ardores de incendio, van borrándose en la uniformidad fría de la línea recta.

—Desengáñese usted, don Félix—suelen decirme mis amigos menores de treinta años;—esas mujeronas de amplias caderas



Demetrio.

Ella.—¿Te has convencido de que aunque voy vieja no me muero tan pronto?

El.—Reconozco que estás para tirar muchos años.



El.—Déjame que te dé un pellizquito en el borde del escote.

Ella.—¡Ay, hijo, cuándo se te quitará esa manía de andar por los bordes!

y anillado talle de que usted nos habla, ya no se usan.

Al principio tildé tales aseveraciones de impertinentes y caprichosas; mas luego, poco á poco, tuve que ir rindiéndome á la autoridad de lo evidente. Nuestras vírgenes no tienen pecho ni brazos, ni carne, en todo su cuerpo, para un bisteck... Las flacas piernas de las *touristas* inglesas, están en boga, y creo que los hermanos Goncourt (que fueron dos grandes castos) europeizando el lamido y ridículo corte de la indumentaria japonesa, tienen mucha culpa de todo esto. He consultado el caso con



—Pues, ahora estamos en la historia de las Constituciones españolas; mañana nos enseñarán la del 69.

—¡Hija; qué adelantadas están las niñas de estos tiempos!

mi querido amigo Demetrio, el dibujante de las mujeres, que *no es tana* en eso de adivinar a una buena moza bajo un mal mantón, y comparando las mujeres que yo no conocí allá por los años de 1883 con las que ahora son gala y ornato de nuestros paseos y saraos, ha dibujado esas cinco figuras que indican con exactitud desconsoladora el decrecimiento sufrido por los senos femeninos durante los últimos treinta años.

Prescindamos de los buenos amantes de la belleza, que tienen, con lo arriba apuntado, motivos suficientes para andar furiosos y con el alma vendida á todos los diablos: hablemos, sí, del filósofo, del médico, del criminalista, del sociólogo, que viven con los ojos puestos en las mutaciones y revoluciones humanas.

¿Quién negará que la atrofia de las glándulas mamarias, al dificultar la crianza y crecimiento de los hijos, puede traernos, en el siglo que ahora empieza, una generación lamentable de desequilibrados y de anémicos?

Yo, que no soy hombre de ciencia, adivino peligros gravísimos en la línea *CD* que señala el declive del pecho nacional.

Félix Recio

Biblioteca Regional de Madrid

ALUMBRAMIENTO GENERAL

CUANDO nos da una manía, somos incansables. A los dos meses de establecido en Madrid el primer tupinamba, había uno en cada calle de segunda y media docena en cada vía principal; se edificó un cine y al medio año cada casa de la coronada villa era un cinematógrafo.

Indudablemente tenemos un admirable don de imitación en todos los órdenes de la vida.

Pero donde esta especialidad llega á su colmo es en el arte coreográfico.

Hubo un tiempo en que se introdujo aquí el *Cake-Walk* y hubo una verdadera epidemia de este baile; siguió la *Matchicha* y todo el mundo matchicheaba que era un



El barbero. — Todo el derredor de la perilla ¿verdad?

El paciente. — Pero no me la toque usted.

delirio; á esta danza substituyó la *Farruca* y hasta en los dramas de Marquina salía una señorita á bailársela, entre un diálogo de amor y la muerte por envenenamiento del protagonista de la obra.

Lo que ahora hace furor es otro baile, casi tan anciano como Pepito Loma (*Don Modesto*); pero que nos lo suministran igual que si estuviese en la adolescencia, como Zancadita.

Nos referimos á la *Rumba*, danza cubana cuyo secreto consiste en agitar todas las regiones que más salen, desde la región catalana que sobresale por su industria, á la región abdominal que sobresale por su comercio.

Fijense ustedes en los carteles de los salones de varietés, y aun de los teatros que cultivan arte serio, y observarán el fenómeno.

Todas nuestras danzarinas y cupletistas se han dedicado á rumbear de un modo desenfrenado, y así tenemos reinas de la *Rumba*, princesas de la *Rumba* y emperatrices de la *Rumba*, unas cuya especialidad la tienen por arriba, otras por enmedio y no pocas por detrás.

Ya no es preciso saber decir, ni saber cantar; basta y sobra con saber moverse. La que se marca con más acentuación plástica los tangos de una danza tropical, esa es la que alcanza mayores triunfos.

Estamos, pues, en plena efervescencia de agitación.

Ahora que se aproximan las elecciones provinciales, puede ser un gran medio de propaganda el que los candidatos aprendan este bailecito de moda y que en las cartas de propaganda al cuerpo electoral se les diga, por ejemplo:

«Para dar idea de la actividad que el señor Pérez desarrollará en su puesto, basta decir que baila la *Rumba* mucho mejor que la Chelito, lo mismo la criolla que la de los negros».

Y alcanzará un éxito seguro el que tal argumento invoque.

RUIDO SOSPECHOSO



—¡Dios mío, si es un ladrón que no sea feo!

Porque ya que no dé chispas, como padre de la provincia, por lo menos dará tripita, que es dar algo.

Y no se podrá negar que un diputado que domina la *Rumba*, no es un diputado la mar de *rumboso*.

Manuel Bombarda.

Lea usted el martes
en EL LIBRO POPULAR

LA ARAÑA

Novela de
RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Duro con el eufemismo

ESTE es el país de los eufemismos. Tenemos una gran predisposición á no dar á las cosas su verdadero nombre, y como hacemos con las cosas hacemos con las personas.

A un político, congrio por derecho propio, le llamamos *ilustre*; á una tiple que cante como un percherón de carro de mudanza, *diva*; á una cupletera que acaba de

con kilo y medio de queso de Villalón en la sesera; «El eminente Doctor Bombarda, practicó ayer una arriesgadísima operación...» y la eminencia de este doctor consiste en mandar al otro mundo al desgraciado que cae en sus pecadoras manos.

Pero estos convencionalismos sociales han venido ahora á aumentarse con un nuevo verbo verdaderamente desconyuntante, el verbo *derivar*.

Antes, cuando un señor estrenaba una obrita, debida al ingenio de un francés, ó

de un alemán, ó de un italiano, se decía que la había *arreglado*, cuando en realidad lo que hacía era *desarreglarla*; luego se varió la palabra y se dijo que la había *adoptado* á la escena española, como si se tratase de un colchón de muelles á una cama de matrimonio, y ahora ya no gusta el término y se dice que la ha *derivado*.

¡Caballeros, qué modo de adjetivar! Conocíamos el *gruyere* como un derivado de la leche, el *cunero* como un derivado del cacique, el *Ugarte*, como un derivado del gran vientre, po-



—¡Ay lector, no sabes tú lo que sufre una mujer separada de su marido á la hora de la digestión!

dejar el estropajo, *estrella*; á un besugo que se vista en la calle de Toledo, *sportman*; á un rascatripas, *virtuoso*; á un zoquete que diga «arbañil» y «endenantes», *tribuno*, y así sucesivamente.

¡Las veces que habrán ustedes leído «El señor Rodríguez San Pedro pronunció un razonado discurso!» Y llamamos *razonar* á habernos colocado una lata inaguantable de seis horas. «Ayer contrajo matrimonio la bella señorita Inocencia Zurripuerca con el ilustrado joven Canuto Evacuatorio», y todos sabemos que la bella señorita es una cuarentona más fea que Regino Velasco, y el ilustrado joven es un canguro boxeador

lítico del gran Azcárraga...

Ya están cubiertas las pudicias con el velo de la *derivación*. ¡Sus, valientes cosas de Panchampla y el Bizco del Borjel! ¡A *derivar* por esos caminos reales de las comedias, operetas y boudevilles!

Y en cuanto que un ciudadano note que en la plataforma del tranvía le dejan sin extraplano, que se deje de frases gruesas y se limite á gritar con arreglo al nuevo eufemismo:

—¡Guardias! ¡que me han *derivado* el reloj!

José Moreira.

El jueves, cuando comenzaba á tirarse el presente número de LA HOJA DE PARRA, en el personal de nuestros talleres se produjo un movimiento de inquietud. Las máquinas se detuvieron... A los cajistas se les cayó el componedor... El de la guillotina se cortó un dedo... Moreira, nuestro regente, tropezó y empasteló una forma...

¿Qué pasaba? ¿Qué era? Pasaba por los talleres, en dirección al despacho del Director, una señora á quien acompañaba y orientaba un ordenanza.

El personal de nuestra casa está bastante acostumbrado á ver mujeres, porque nuestras relaciones femeninas son extensas, gracias á Dios. Pero la dama aquella, por su belleza, por su gentileza, por la "toilette" que la adornaba, era, realmente, una mujer excepcional que justificaba aquella admiración y mucha más.

La hermosa dama una vez presentada á nuestro Director, le dijo quién era y la razón de su visita. Ha nacido en Aguazas, un pueblecito inmediato á Montevideo; es soltera, posee una fortuna fabulosa, y muy excéntrica, muy caprichosa, se pasa la vida viajando... Desde hace seis meses recorre España, y apenas hace cuatro días está en Madrid.

La interesante peruana lee LA HOJA DE PARRA, que la proporciona, según dice, muy buenos ratos, y queriendo corresponder á ellos ha tenido una idea originalísima y feliz, que venía á exponernos.

—Se trata de un concurso por cupones, ó como ustedes quieran—dijonos.—Un sorteo en que haya un solo agraciado, el cual tendrá derecho á que yo le ofrezca una noche la intimidad de una cena, y, si quiere, me case con él.

La idea fué aceptada por nuestro Director, y el original Concurso se celebrará; pero por imposiciones del tiempo, hasta el próximo número aplazamos el dar á conocer las condiciones, con un retrato de la bella excéntrica, hecho junto á una de nuestras máquinas.

¿Por qué sufrir?

Si con el **DEPURATIVO RADICAL** sin mercurio y **COMPLETAMENTE INOFENSIVO**, del doctor Camacho os curaréis en media docena de días de la

SIFILIS, aun la más rebelde, en cualquiera de sus tres períodos, el

**Reuma, Artritismo,
Intestinos, Escrófulas,
Estómago, Gota**

y en general, todas las enfermedades de la **SANGRE INFECTA y VICIADA**.

Si sufrís es porque queréis, pues la curación es **RADICAL y GARANTIDA**.

De venta en todas las buenas farmacias y en el depósito general, calle de la **MONTERA**, número 4. á 7 pesetas frasco.

CONSULTAS GRATIS